

Roldán y la marea negra

El fin de semana pasado los periódicos nacionales recogían en sus páginas las consecuencias de la marea negra ocasionada por el hundimiento del *Prestige* y la salida de la cárcel de Luis Roldán, que se ha acogido a los beneficios del tercer grado.

Para luchar contra la marea negra del *Prestige*, se desplazaron a Galicia ciudadanos anónimos de España y de todo el mundo. Trabajaron a diario durante horas en un medio hostil, enfundados en plástico y sufriendo las emanaciones molestas y peligrosas del fuel, y como pago recibieron unos bocadillos y el duro suelo de un polideportivo, sobre el que extendieron un saco de dormir que les sirvió de cama. No les movía más que la solidaridad hacia los vecinos de aquellas tierras y el interés por el cuidado de un planeta que es de todos y es el único que tenemos. Son lo mejor de la sociedad civil, obligatoriamente puesta en pie ante la escasa respuesta del Estado, a algunos de cuyos dirigentes el desastre les ha cogido cultivando las altas y comprometedoras relaciones sociales que rodean al deporte de la caza, que practicaban seguramente como invitados, y no por ellos, sino por el cargo público que ostentan, y por las que –favor por favor– seguramente habrán de pagar un precio (¿o habremos de pagarlo todos?).

Luis Roldán, que fue Director General de la Guardia Civil y cumple condena de 31 años, obtiene el tercer grado antes de cumplir los ocho y sale de la cárcel los fines de semana sin haber pedido perdón. Y no sólo eso, sale con todos los millones robados al resto de los españoles guardados a buen recaudo. Él, que debió entrar en Política para servir a la sociedad, se llenó los bolsillos con dinero que no era suyo y es de suponer que ahora lo disfrutará gastándose no sé muy bien en qué o se lo legará a sus hijos para que éstos lo disfruten gastándose en excesos.

Luis Roldán, que tuvo el arrebato poco inteligente de pasarse de listo, es ahora un preso común que debe consolarse con el dinero para no creerse lo es, un pobre diablo. Por el contrario, esos hombres y mujeres que tras luchar contra el fuel se acuestan doloridos en el suelo, se sienten contentos consigo mismos. Ellos son héroes y son felices y Roldán, con todo su dinero, es un infeliz villano.

Juan Bosco Castilla